

HERMANAS GREENWOOD

EL MAR DE LOS OCULTOS

 Planeta

Hermanas Greenwood



El mar de los Ocultos

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Hermanas Greemwood, 2025

Autoras representadas por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Àlvar Salom

Primera edición: junio de 2025

Depósito legal: B. 6.967-2025

ISBN: 978-84-08-30391-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España



CAPÍTULO 1



Una gota de agua fría cae en mi frente. Me hace arrugar el gesto e incorporarme sobre el camastro en el que he intentado conciliar mi último sueño.

Llevo demasiados meses aquí encerrado. Más que en cualquier otra prisión.

Entonces escucho unos pasos acercarse.

Ladeo la cabeza y veo al soldado que se ha postrado frente a mi celda.

—Es la hora —dice.

Trago saliva y me acerco hasta él con las manos en la espalda. Conozco bien el procedimiento. El soldado me ata sin cuidado ninguno por la fina piel que pide a gritos dejar de ser maltratada. Mis muñecas echan en falta mi tǫrquiria, la pulsera de acero que debería llevar puesta, que tendría que estar ahí en lugar de las ataduras. Aunque si la llevase no estaría aquí. Me habría escapado al segundo de pisar esta cloaca.

—Cuidado —me quejo. Lo miro de reojo y veo el fulgor de su tǫrquiria. La gema de su pulsera tiene un brillo envidiable. Ese precioso color verde que parece otorgar poder solo con mirarlo—. ¿Me la prestas?

Cualquier varuk sin su tǫrquiria no es más que un simple humano.

—¿Qué pretendes?

—Venga, seguro que tiene un precio. —Apoyo mi cuerpo contra los barrotes mientras muevo las manos para intentar zafarme de los nudos, pero compruebo que ha preferido dejarme sin flujo sanguíneo antes que darme nuevamente la oportunidad de escapar. Ese día estuve tan cerca...

Fue al mismo idiota que ahora me mira con aires de superioridad al que le quité las llaves después de estrellar su cabeza contra los barrotes. Después solo me faltó encontrar la salida de este agujero apestoso por el que siempre me mueven deshidratado, hambriento y desorientado. El estado de los prisioneros era lo único que me daba pistas: cuantos menos harapos, más brillante era la luz del sol a través de las pocas ventanas.

Aunque precisamente esa fue mi perdición: los presos más sanos eran los más enérgicos, los que más gritaban que los salvara. Los soldados no tardaron en dar conmigo.

«¡Sácame de aquí!».

«¡Eh, tú, no nos dejes atrás!».

Le hubiera dejado sin dientes a ese si con eso se hubiera callado, pues los soldados enseguida pudieron localizarme por culpa de sus patéticas súplicas, que no iban a servir de nada desde el principio.

Me acuerdo de él cada vez que abro la boca para comer las migajas podridas que me suministran cada pocos días. La mandíbula aún está resentida de los golpes que me dieron.

—Andando. —El soldado me empuja hacia delante tras abrir la puerta de la celda.

Los presos que hace unas semanas me vieron correr por mi libertad y que ahora me ven arrastrando los pies camino a mi condena se ríen descaradamente mientras me señalan y babean en sus huesudos pechos. Incluso uno al que le falta casi toda la dentadura y medio dedo con el que me señala tiene la desfachatez de reírse de mí.

—Vas a reunirte con las Entidades en el más allá... y no te tratarán bien, desgraciado —me dice desde su celda.

—Al menos a mí me dejarán reunirme con ellos; dudo que a ti te dejen hacerlo cuando llegue tu hora. Con esa cara te condenarán a renunciar a los senderos ocultos del Hado —me gratifica haber podido contestarle antes de que el soldado vuelva a empujarme.

—¡Eh! —escucho que se queja cuando ya lo hemos dejado atrás.

—¡Sí! Te he llamado feo —le grito.

Cuando salimos de las celdas, la noche me abraza como una vieja amiga. Miro hacia el cielo y las estrellas parecen tintinear más que nunca, como despidiéndose de mí. El viento otoñal sopla fuerte en el bosque y, aunque pensé que no habría nada peor que la celda, veo unas sombras aterradoras a través de las retorcidas ramas, como caras alargadas que me miran con los ceños fruncidos y me sonríen cuando paso entre sus raíces, que no hacen más que ponerme la zancadilla.

—¡Camina bien! —me ordena el soldado tras cogerme de la pechera y zarandearme.

—Te invito a que lo intentes después de sufrir todo lo que...

No me deja terminar. Me da tal puñetazo en la cara que me hace tragar las palabras mientras la saliva se me mezcla con la sangre.

—Déjate de invitaciones y camina.

Respiro profundo y escondo mi rostro para que no vea lo mucho que me sangra el labio. Doy unos pasos hacia atrás. Me niego a seguir hundiéndome en la oscuridad del bosque, aunque me cueste un puñetazo más.

—Cuidado con lo que pretendes, Enok Strøm. —El soldado se lleva la mano a la espada.

—¿Debería sentirme halagado porque sepas mi nombre?

—¿Y quién no? —Antes de que se me hinche el pecho de orgullo, añade—: No hay asesino más repugnante en este bastión.

—Vaya, gracias.

Un par de guardias más se unen a la escolta y eso solo acrecienta mis ganas de salir corriendo.

Veo el claro entre los troncos de los árboles.

—¡Camina! —me ordenan.

No. Doy otro par de pasos hacia atrás. Una cosa es que me cuelguen o que me corten la cabeza... ¿Pero esto?

—¿Tienes miedo? Quizás no eres tan letal como dicen.

—¿Tú no lo tendrías? Te cambio el sitio, entonces. Seguro que tú lo llevas mejor que yo, hombretón. —Le sonrío antes de salir corriendo en dirección contraria, pero los guardias me interceptan enseguida.

Un ligero fulgor verde ilumina los troncos que nos rodean para dejarme claro que han usado el poder de sus *tørquirias* y ahora sus cuerpos, de brazos más grandes y musculosos y piernas más fuertes, me arrastran hacia el umbral del claro del bosque como si yo no fuera más que una hoja.

—Eso es trampa —me quejo.

—Aquí acaba tu viaje.

Entonces noto como mis piernas tiemblan y mis manos empiezan a sudar. Pero contengo el pánico dentro del pecho. He dejado de sentir el frío. El calor del terror que fluye por mi cuerpo se ocupa de calentarme por última vez.

Me tumban en medio del claro y sueltan mis muñecas para volver a enlazarlas segundos después. Las sogas que me han anudado a muñecas y tobillos me raspan cuando tiran de ellas para atarlas a su vez a los postes que me elevan unos centímetros del suelo.

Peleo por palpar el suelo húmedo con la punta de los pies mientras imploro a las Entidades en las que nunca he creído que me acompañen, que me hagan sentir el perdón del Hado a través de la tierra y este elija un buen sendero para mí tras mi muerte.

Aunque teniendo en cuenta la cantidad de sangre que mancha mis manos..., me digo a mí mismo, sé que no será un buen sendero.

—Arrancadle la camisa —ordena uno de los guardias—. Veamos cómo se le separan las extremidades del cuerpo.

Tiran fuerte de mi ropa hasta hacerla jirones y dejar mi piel oscura al descubierto. El soldado ríe grotescamente y pronuncia muy despacio su siguiente orden, para que nos quede claro a todos los presentes:

—Apretadle más las cuerdas.

Me zarandeo buscando soltarme.

—Voy a disfrutar viendo como tu cuerpo sirve de comedero y retrete para los cuervos.

Me acerca un frasco a la boca que sé bien lo que contiene. Es un líquido que evitará que pierda el conocimiento en algún momento.

—Muy amable, pero no ten... —empiezo. No deja que termine. Me tapon a la nariz y me vierte el líquido en la boca.

Tras tragarlo, toso con convulsiones que ponen a prueba la fuerza de las sogas atadas a mis extremidades.

Uno de los soldados se pone al lado de mi muñeca derecha y apoya sobre mi piel el frío acero de su hacha, esperando la orden para empezar a cortar.

—Tss, tss —chisto para conseguir que me mire—. ¿No puedes empezar por la izquierda? A esa le tengo más cariño. Ya sabes, muchas noches frías sin la compañía de nadie más que de esa mano.

El soldado que dirige el pelotón, el cabrón que casi consigue ahogarme, asiente con la cabeza. Yo cierro los ojos.

Hasta aquí los andares del último Cambiapielos, me digo, entendiendo lo patético que es mi final, con lo grandioso que prometía ser.

—Deteneos —ordena una voz cuando el verdugo ya estaba levantando el hacha.

No llego a notar el dolor de mi carne rasgándose ni el calor de mi sangre brotando.

—Keider Fastulf. —Los guardias lo saludan con la mano izquierda tapándose los ojos y la mano derecha cóncava sobre el corazón por unos segundos. El saludo que se ofrece a los keiders, a los líderes de cualquier bastión.

—Mi keider. —Mis palabras van cargadas de tantísimo sarcasmo que me temo que eso pueda ser más peligroso que cualquier hacha, pero ya me da igual—. ¡Qué honor contar con su presencia! ¿Es que no quería perderse el exterminio de una línea de sangre tan antigua?

—Bergenlag estaría mejor sin ti.

—Dudo mucho que todo nuestro bastión mejorara de repente solo por mi muerte... ¿Hacerlo grandioso otra vez no es su trabajo?

—Soltadlo. Tenemos mucho de qué hablar.

De mala gana, el soldado corta las sogas y caigo de espaldas al suelo, con un golpe seco que en un primer momento cierra mis pulmones, pero que me proporciona la inspiración más gratificante que he tenido jamás. Viviré una noche más.

CAPÍTULO 2



Me duelen las manos por el frío. Apenas las siento. Echo un poco de vaho sobre ellas y vuelvo a agarrar el barril de pescado para arrastrarlo junto a los demás.

Alzo el mentón y veo las nubes grises sobre nuestras cabezas. No tenemos otoños demasiado fríos ni ventosos en Krisand, nuestro bastión, pero este está siendo especialmente desafiante. El viento sopla fuerte y agita las olas, que rompen agresivas en los costados del barco, prácticamente sobre nosotros. Los mechones que se han desprendido de mi pelo trenzado se revuelven sobre la cara y chorrean formando una cascada sobre mi ropa. Pero lo peor no es el viento ni el frío en pleno mar abierto, ni siquiera la tormenta. Lo más peligroso son las criaturas que moran bajo las aguas, cuya furia se agita por el oleaje.

—¡Date prisa, Iduna! —me grita mi madre—. ¡Si no, el agua arrastrará los barriles y nos quedaremos sin mercancía!

Quiero agradecerle al pescador el género que nos ha entregado, pero se me quitan las ganas cuando distingo el fulgor verde de su *tørquiria* entre la bruma.

Otra vez varuks..., pienso.

—Ata los cabos y vámonos. —Mi madre ladea la cabeza y me sonrío—. Nos hemos ganado un buen baño caliente.

—Mhh-hhh —es lo único que le respondo. Sabe que estoy molesta; conozco lo que supone haberles comprado mercancía a varuks, habitantes de Bergenlag. Pero no es el momento de discutir.

Mi padre se despidе de ellos con un breve movimiento de cabeza y mi madre y yo nos sentamos en lados opuestos de la cubierta para tensar la red sobre los barriles e impedir que el oleaje devuelva los peces al mar.

Nuestro modesto pesquero de madera lucha por no acabar arrastrado a las profundidades mientras nuestros vendedores agarran el timón y ponen rumbo a su bastión. Tienen un largo camino por delante; esta vez son ellos los que han cruzado el arrecife Firogunn y se han aventurado a entrar en nuestras aguas.

Si alguien ha de arriesgarse a sufrir el castigo de algún keider, mejor que sean ellos.

—No ha sido para tanto, ¿a que no? —Mi padre me da un codazo, intentando convencerme de que lo que hacemos no es totalmente ilegal y más peligroso que azotar a una bestia de la Primera Era.

—Te lo diré si...

Un golpe seco en la línea de flotación de estribor me enmudece tanto como a mi padre, que enseguida me pone detrás de él, alejándose de lo que sea que ha hecho que el barco se balancee incluso más que antes.

No dudo ni un minuto en acercarme a por uno de los arpones antes de lanzarle el otro a mi madre, quien, con un movimiento de cabeza, le pide a mi padre que se ponga al timón y nos saque de aquí.

—¿Qué crees que es? —le pregunto a mi madre más alto de lo que me hubiera gustado. La lluvia cae tan fuerte que nos cuesta escucharnos.

Mi madre se asoma por el costado del barco y se queda

unos instantes callada, apretando el arpón cada vez más fuerte.

—Por el movimiento irregular del agua y el serpenteo que genera en las olas...

—Un kinocos —termino por ella cuando veo sus tres aletas sobresalir del agua—. Estamos jodidos...

—No es la primera criatura marina a la que nos enfrentamos —me alienta mi madre, que ya está cogiendo las antorchas que tenemos que encender para espantar a la bestia, que solo sube a la superficie en noches profundas como esta, pues sus dilatadas pupilas adaptadas a la oscuridad del abismo marino son excesivamente sensibles a la luz.

—Pero sí el primer kinocos —puntualizo.

—¡Con esa actitud negativa no llegarás lejos, hija! —me grita mi padre desde el timón.

Me dan ganas de mandarlo a la mierda, pero contengo mi rabia y la reservo para la bestia que está rondando nuestro barco para comernos.

Otro golpe en la línea de flotación hace que tenga que sujetar a mi madre para que no caiga por la borda y alcanzo a divisar el alargado y escamoso cuerpo marrón del kinocos.

—Toma. —Mi madre me entrega una antorcha encendida, el arma más eficaz contra una criatura que aborrece el fuego y su luz.

Mis padres, veteranos del mar y la tormenta, plantan cara a la criatura y el oleaje hasta que el barco comienza a inclinarse peligrosamente a babor.

—¡Nos quiere hundir! —El grito de mi madre sobrepasa el rugido ensordecedor del mar.

La bestia emerge ante nosotros sin previo aviso, rompiendo la superficie marina con un chasquido que hace temblar hasta el último de nuestros huesos. Su cuerpo brillante

refleja los relámpagos y sus ojos, oscuros y llenos de una inteligencia primitiva, me miran directamente.

Mi madre y yo agitamos las antorchas que tintinean bajo la espesa lluvia, pero no estamos lo suficientemente cerca, por lo que la criatura apenas parpadea.

Por el otro costado del barco, el kinocos me empuja con su larguísima cola y caigo de bruces en la cubierta, lo que me hace perder mi antorcha y me deja desprotegida ante sus ataques.

—¡Aguanta, hija! —Mi madre, haciendo uso de una fuerza que solo la desesperación puede otorgar, lanza su arpón y lo clava en la cola del monstruo, haciendo que se retuerza de dolor.

Los zarandeos y los gritos de la criatura golpean el barco con un impacto tras otro y temo que cada uno de ellos sea el definitivo. Pero entonces la red que usamos para atrapar a los peces más grandes se desprende de su soporte y cae a mi lado, dándome la idea que podría salvarnos la vida.

—¡No lo sueltes! —le grito a mi madre cuando veo que va a recuperar su arpón para volvérselo a clavar.

—¿Qué pretendes? —me pregunta mi padre cuando ve que estoy echando el aceite de los farolillos del barco a la red.

—Necesitamos más fuego, más luz.

Hago uso del juego de muñecas que me han enseñado desde pequeña para lanzar la red sobre la cabeza del kinocos e inmediatamente después le prendo fuego con la vela.

Se revuelve más todavía y se rasga la puntiaguda aleta caudal del final de su cola al desprenderse del arpón de mi madre, pero consigue sumergirse y se aleja de nosotros, dejando atrás sus serpenteantes olas y varias tablas arrancadas de la cubierta del barco flotando en el mar como único rastro de su ataque.

—¿Qué haríamos sin ti? —Mi madre me abraza, parece que sin recordar que ella ha sido la primera en salvarme a mí. Me da demasiado mérito. Mi padre ríe alto, seguramente por la adrenalina descontrolada que recorre su cuerpo al vernos bien.

Con media cubierta destrozada, pero todas nuestras cabezas sobre los hombros, tardamos un par de horas en llegar al puerto. La bruma se disipa cerca de las altas murallas de piedra blanca desgastada que se yerguen alrededor de toda la isla de Krissand, haciendo de nuestra ciudad un enorme baluarte fortificado que nos protege de los peligros que acechan nuestras fronteras navales. Aunque aún no sé si se refieren a los monstruos marinos o a los otros bastiones.

Pienso que si los Ocultos de Krissand despertaran no tendríamos tanto miedo de los peligros que hay más allá, rememorando las historias que mis padres me contaban de pequeña sobre las bestias aladas ocultas en las cuevas de nuestra montaña y que antaño debían lealtad a nuestros keiders y nos protegían de cualquier ejército o bestia que osara acercarse.

Mi padre saluda a una de las torretas altas y el hombre que monta guardia en ella nos deja atracar el barco en el puerto sin queja. Incluso se gira para no ver nada.

¿Cuánto pescado gratis le habrá prometido mi padre esta vez?, lo miro con una ceja en alto.

La ciudad entera duerme, solo un par de borrachos son testigos de como cargamos las cajas en el carro, dándonos indicaciones en susurros para no atraer a nadie más.

—Shhh, ¡cuidado! —le musita mi madre a mi padre cuando este hace relinchar a uno de los caballos al montarse y agarrar de manera brusca las riendas.

Normalmente las lluvias y los truenos se quedan cerca del arrecife que marca el límite entre las aguas de Krissand y Bergenlag, pero hoy el aguacero nos ha acompañado hasta

casa. Me agarro fuerte al asiento y fijo mis ojos en la oscuridad del mar que dejamos cada vez más atrás. Conforme nos metemos en las entrañas de la ciudad, las luces de las calles aún permanecen encendidas, pero la tormenta acabará apagando las lucernas tarde o temprano. Por suerte, llegamos a casa antes de que eso suceda.

Con los caballos ya resguardados en su establo, me desplazo hasta la despensa y cojo los guantes para comenzar a limpiar el pescado mientras mi madre lo almacena en cajas llenas de sal. El olor de las vísceras y la humedad no me desagrada. Seguro que hay olores peores. Pero sé que mi madre lo detesta.

—Ve a darte un baño —le dice mi padre—. Ya nos encargamos nosotros. —Me guiña un ojo a mí, pues sabe que soy más hábil que él con el cuchillo.

Coloca una mano sobre la cintura de mi madre y admiro la ternura con la que se cuidan. Ella le da un beso y sacude sus manos llenas de sal sobre su ropa empapada. Abre la puerta que comunica la despensa de la tienda con nuestra casa y desaparece por el pasillo.

—Hemos conseguido buen pescado. —Limpio el cuchillo para seguir sacando las tripas. Contengo las ganas de preguntarle sobre los varuks.

—Ha merecido la pena sufrir bajo la tormenta. —Mi padre se ríe.

—¿Y estar a punto de morir en las fauces de un kinocos? —Ya me es difícil contener el enfado.

—Me puedes acusar de hacer contrabando con varuks, hija, pero no de lo que la Entidad Salina tenga preparado para nosotros. —Señala un pequeño altar lleno de algas secas y conchas, que simula una figura femenina de pelo largo y lacio. Siempre le pedimos a dicha Entidad que nos proteja en nuestros viajes en mar abierto.

Mi padre echa la sal sobre la última capa de pescado de la caja y apoya las manos en el borde de la madera.

—Los varuks son los que más pescado ofrecen a buen precio. —Suspira, porque sabe que quiero hablarlo—. Y sabes que solo lo ofertan en los días de tormenta, para cubrirse de las miradas de los keiders.

—Es peligroso.

—¡No hay peces en Krissand! Las bestias últimamente rondan sin control, exterminando cualquier ser vivo que quede en nuestras costas. ¡Tenemos que vivir de algo!

—Lo sé, es solo que... tenemos que ir con cuidado.

—Tranquila, cielo; esos comerciantes no...

—Contrabandistas —le corrijo, sin levantar la mirada de las entrañas que estoy arrancando de un pez.

Él se ríe.

—Ya sabes que los varuks son diferentes a nosotros.

—Demasiado poder en esas tǫrquirias. —Niego con la cabeza. Recuerdo la pulsera de fulgor verde del pescador.

Todos los varuks son capaces de moldear su cuerpo, de transformarlo a su antojo: el color del pelo, el tamaño de los ojos, la longitud de sus piernas... Podrían ser cualquiera.

—¿Merece la pena seguir comprando de contrabando? ¡Si los Heraldsen se enteran, podrían condenarnos! Viggo será el Benevolente, pero su hijo, el heredero... Halfdan es cruel, ha hecho cosas atroces —digo. Veo la preocupación en sus ojos grises. Esos mismos ojos que me hubiese encantado heredar. Pero no, me quedé con el mismo azul helado que aquí tiene casi todo el mundo.

Mi padre cierra la caja y la apila junto a las demás. Abre una nueva y comienza a preparar una cama de sal para la siguiente tanda de pescado.

—No voy a discutir sobre esto otra vez. Se acabó la conversación, Iduna.

Gruño. Aprieto las manos y clavo el cuchillo en uno de los pescados que aún no había terminado de limpiar.

—¿Os dejo un momento solos y ya estáis así otra vez? —Mi madre aparece por la puerta—. Olej... —Mira hacia mi padre y resopla—. Ya me quedo yo con tu padre, ve a darte un baño. Te he dejado el agua preparada.

La calidez de mi madre es inigualable. Solo su voz consigue amansar la fiereza de mi padre... y la mía.

Me quito las botas. El suelo de madera cruje cuando piso y me hace dar algún que otro traspié. Tengo los pies calados.

Subo por las escaleras que están al fondo de la trastienda y llego hasta nuestra casa.

Voy deshaciendo las pequeñas trenzas azabache de raíz que me cubren media cabeza y sacudo mi pelo humedecido. Remover el frío me da un ligero dolor de cabeza. Me quito la ropa y la dejo caer en medio del pasillo.

Eso hará enfurecer a mi padre. Sonríó con el orgullo aún dañado.

Al asomarme al baño, veo como el vapor asciende hasta el techo, llamándome a sumergirme en él. Extiendo una pierna y meto la punta de los dedos del pie en el agua. Agarro el borde del alargado barreño y dejo que el agua entre en contacto con mi cuerpo suavemente. La piel se me eriza y el dolor de cabeza empieza a disiparse.

Me quedo sentada, con la cabeza apoyada sobre una de las paredes del barreño. Me dejo resbalar en el interior hasta quedar sumergida. Cierro los ojos y contengo la respiración. Solo escucho el latido de mi corazón, que va calmándose poco a poco.

Unos segundos después, me elevo y encojo las piernas. Las rodeo con mis brazos y apoyo mi mentón sobre las rodillas. Me consuela saber que, haya sido o no arriesgado, al menos mañana será un buen día de mercado.